

PRUEBA DE RESISTENCIA

BLADIMIR RAMÍREZ



AGUASCALIENTES
GOBIERNO DEL ESTADO

PARAÍSO
PERDIDO

PRUEBA DE RESISTENCIA

BLADIMIR RAMÍREZ



Solos, siempre acabábamos callados, aburridos, esquivándonos la mirada. Me desnudé y me lancé sobre él, a jugar en el agua como dos chiquillos.

ÓSCAR ESQUIVIAS

A usted sí se lo voy a decir, porque sé que si se lo cuento a usted no se me va a reír en la cara ni me va a regañar. Pero a mi madre no. A mamá no le diré nada, porque de hacerlo no dejaría de pelearme y de regañarme.

REINALDO ARENAS

Sí, en una hora sale mi vuelo, le contesté ahogado por una lluvia interna. Pero ni siquiera nos hicimos cariño, murmuró con fracaso. ¿Le parece poco?, para otra vez será, le respondí acariciando su pelo, donde anidaba el recuerdo amarillo de una mariposa triste.

PEDRO LEMEBEL

ROPA SUCIA

Para Regi

Diego va a dormir en mi casa. Mañana iremos al club desde temprano. Mi mamá cambió las sábanas, me puso a limpiar mi cuarto, a sacudir los muebles. Hay que atender bien a las visitas, dice.

Hoy pasamos todo el día juntos. Primero vamos al cine. Mis papás entran a una sala, mis hermanos a otra y Diego y yo escogemos una película juntos. Solos, en la oscuridad de la sala del cine, siento que Diego y yo somos dos estrellas estáticas a punto de explotar. Toco su mano por accidente cuando agarro palomitas.

—¿Me das de tu refresco? —En silencio, con una voz de velorio y un tono de complicidad, Diego me pide que comparta mi bebida con él. Pone sus labios en el popote y bebe el refresco de manzana que sube, frío y burbujeante, hasta su boca. La película no es lo más importante en esta sala de cine.

—¿Les gustó? —La voz de mi mamá no esconde dobles intenciones.

—Sí, aunque el final no tanto —dice Diego para acabar con esa conversación.

—Bueno, nos vamos a ir a las siete, pueden hacer lo que quieran hasta entonces.

—Nos vemos en el estacionamiento, má. —Busco la mirada de Diego, sonreímos, nos vamos. Nos gusta platicar con la boca cerrada, nos gusta estar solos.

—¿Qué quieres hacer?

—Lo que tú quieras, falta mucho para las siete.

Tengo la decisión en mis manos pero no hay nada que quiera hacer, así que caminamos de un lado a otro. Sin rumbo. Usamos las escaleras

eléctricas, el ascensor. Hablamos. Compramos una nieve, nos sentamos en una banca, comemos la nieve en silencio. Encontramos a Sofía, mi prima.

—Hola, Diego, tenía mucho sin verte. —Su voz es la mezcla exacta de un claxon y el ladrido de perros chihuahueros. Cuando él está cerca se esfuerza por parecer educada, aunque parece tonta.

—Qué onda, Sofi —responde porque es educado, aunque sabe que no soporto a mi prima.

—¿Y tú qué? ¿No me vas a saludar? —No quiero saludarla ni quiero que me salude, pero lo hago de todas formas.

—Voy al baño, ¿me acompañas?

—Sí, también tengo ganas. —No sé si él tiene ganas o no, pero el baño de hombres es una fortaleza libre de Sofías.

—Nos vemos mañana, Diego; sí vas a ir al club, ¿no? El tono de su pregunta es un puñetazo en la cara: sabe muy bien que sí. Asentimos los dos con la mirada y nos vamos al baño.

Estaremos solos hasta que amanezca o hasta que venga mi mamá a despertarnos, lo que pase primero. Diego y yo nos conocemos desde segundo de primaria. Él es mucho más alto que yo; de hecho, se ve chistoso en mi cama, porque para mí ese colchón es demasiado grande y él apenas cabe, parece una palmera descansando sobre la arena. Estamos en silencio, aunque ninguno duerme.

—No te molesta que duerma en calzones, ¿verdad?

Yo le digo que no, que si quiere puede prender el ventilador o abrir una ventana. Su ropa interior es blanca, parece suave. Veo su cuerpo recorrer la habitación: su calzón es una fantasma triangular que ilumina un poco la noche. Lo veo sin mirarlo demasiado, de reojo.

—¿Tú no tienes calor?

—Sí —respondo—, pero yo siempre duermo en bóxer, aunque haga frío. —Esto es mentira. Él no debe saber que si estoy semidesnudo es por su visita, para que se sienta cómodo. Fingimos un bostezo casi al mismo tiempo. Ninguno de los dos quiere dormir. Tampoco sabemos cómo continuar la conversación sin hacer mucho ruido.

Los tenis de Diego están el pasillo que separa nuestras camas. Aprovecho la calma y el silencio de la noche para cerrar los ojos y concentrarme en el olor de sus zapatos. Respiro profundamente, en silencio. Mis fosas nasales son dos aspiradoras que buscan a Diego. Un sudor dulce escala hasta mi nariz, huele como a fresas maduras. Es un aroma de muchos pasos. He disfrutado su aroma muchas veces. Siento un escalofrío cuando recuerdo que no estoy solo, que el olor no es un recuerdo, que Diego está ahí, al alcance de mi nariz y de mis manos.

Permanezco en silencio toda la noche. Con los ojos abiertos, vigilando cualquier cosa fuera de lo normal. Pero nada. Sueño despierto, cuando quiero despejar la mente miro al techo. El techo de mi cuarto es blanco como los calzones de Diego. Tan cerca y tan lejos. Está ahí, como está en la escuela, en todas las fotos. Su sueño es calmado, como quien no oculta nada. Apenas ronca, duerme en esta casa como si fuera suya, sabe que todo en esta habitación le pertenece.

Yo giro de un lado a otro, sin poder dormir, con los ojos cerrados y la mente abierta. Pienso en mañana, en los amigos de mi papá, en mis tías, en mis primos y en Sofía. En los trajes de baño, en la parrillada. Todo parece bueno menos Sofía y su voz chillona, sus ganas de llamar la atención, lo hipócrita que es, lo ridícula que se ve maquillada cuando está a punto de meterse a la alberca. Paso la noche pensando en las formas de evitarla, de no estar ni un solo minuto con ella. A mi lado, el cuerpo casi desnudo de Diego, cubierto por la sábana, descansa sin ninguna preocupación.

Mi mamá es un despertador infalible. Entra a las siete de la mañana, abriendo puertas y ventanas.

—Den gracias a Dios por un nuevo día. Persígnense. —Siempre ha tratado a Diego como si fuera parte de la familia; su mamá hace lo mismo cuando yo duermo en su casa—. Métense a bañar para irnos al club —dice. Y pone mis cambios de ropa sobre la cama. Mi traje de baño naranja y un pantalón. Diego saca ropa de su mochila, él se baña primero. Se quita los calzones ahí mismo, en el cuarto, con la toalla puesta. Pone la ropa interior blanca con el resto de la ropa sucia.